

«LA MESA DE LOS CURAS», SANTUARIO RUPESTRE PREHISTÓRICO, EN LA FREGENEDA (SALAMANCA)

L. Benito del Rey
R. Grande del Brío
M. Sánchez Rodríguez

Al suroeste de la localidad salmantina de La Fregeneda, en el límite del pago de Los Barracales con los cortados del Águeda, poco antes de su desembocadura en el Duero, en Vega de Terrón, los autores del presente trabajo reconocimos la existencia de un santuario rupestre prehistórico¹, que sirve de ampliación a nuestros propios estudios sobre religiones antiguas.

Un conjunto de elementos rocosos, indudablemente sacralizado, configuran lo que nosotros hemos denominado un *espacio ambital*, en el cual, el

santuario rupestre propiamente dicho aparece como el centro de un espacio sagrado, delimitado —jalonado— por diversas rocas o grupos de rocas que arropan, por así decir, el lugar principal.

Conforme se avanza hacia el río, desde La Fregeneda, por un camino romero, recorrido desde tiempo inmemorial por los habitantes del pueblo, van surgiendo formaciones rocosas, la más conspicua de las cuales, aislada y constituida por una gran mole rocosa, recibe el nombre de «Peña Redonda» (fig. 1). Domina un vasto panorama sobre el

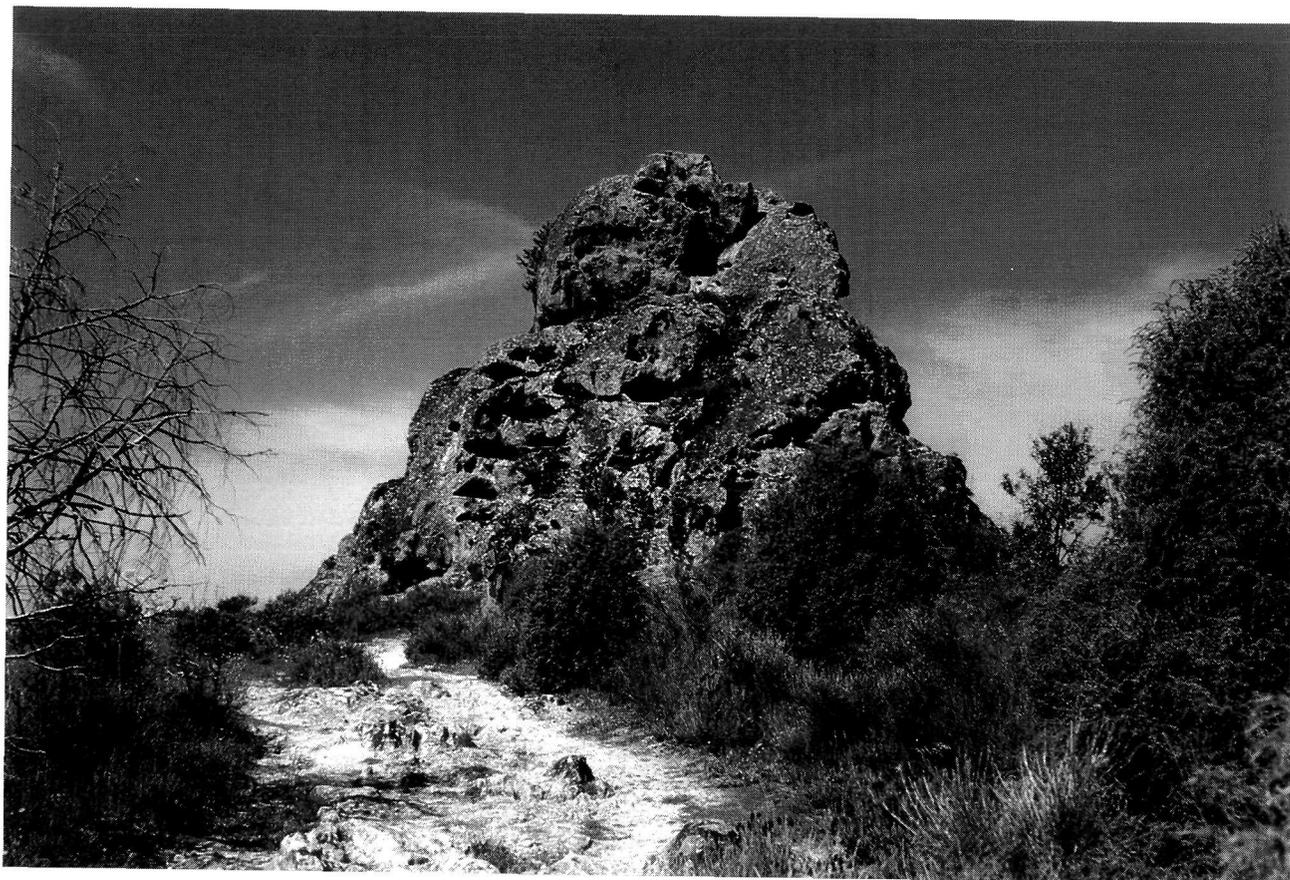


Figura 1. «Peña Redonda», pórtico del santuario.

¹ El monumento en cuestión fue descubierto, en su día, por D^a Araceli Alonso, quien puso el hecho en conocimiento del P. Ignacio Belda. Éste, a su vez, lo comunicó a uno de nosotros (L. B.). Los autores del presente artículo damos las más expresivas gracias a ambas personas.

Agueda, con la vía del ferrocarril serpenteando a poca distancia de la margen derecha del mismo. Dicha Peña Redonda antecede y sirve de entrada al referido espacio ambital, de cuyo carácter sagrado dan cuenta, tanto los topónimos, como la presencia de una serie de cruces grabadas en las peñas circundantes, y que, en contra de lo que a primera vista pudiera pensarse, no proclaman la delimitación de municipios distintos, sino que encierran, a manera de círculo, el centro cultural principal.

La mole de Peña Redonda, de naturaleza granítica, como otras varias peñas que hay en la zona alrededor del santuario, viene a representar el hito indicador del espacio sagrado, la entrada a un mundo que, si bien se presenta hoy al hombre moderno desprovisto de su antigua significación, no por ello deja de impresionar al investigador que a tales monumentos se acerque, si lo hace desprovisto de los prejuicios y las prepotencias tan arraigados en el mundo de la civilización. De no lograr semejante estado de

disposición y de ánimo, inútil sería el tratar de hacer estudio y exégesis de las manifestaciones religiosas de nuestros antepasados, comparados con los cuales, los hombres de hoy parecemos, en no pocos casos, sordos y ciegos ante la simbología tradicional. Incluso sin estas premisas, cualquiera que visite por vez primera la zona, sufre una fuerte impresión, al contemplar la enorme mole que representa «Peña Redonda»; impresión que, sin la menor duda, embargaría también al hombre prehistórico, acrecentada al observar la serie de caprichosas rocas zoomorfas que, cual monstruos fantásticos, jalonan el ámbito sagrado. Todo ello es facilitado por el tipo de roca, gneis, que se erosiona con facilidad.

Así, pueden observarse formaciones rocosas cuya configuración, insólita, recuerda al águila (fig. 2), a la rana, al lagarto... Todo lo cual, repetimos, tuvo que impresionar fuertemente al hombre prehistórico, que experimentaría sensaciones de encontrarse en un mundo fantástico.



Figura 2. Aspecto aquileño de una de las rocas cercanas que configuran el espacio ambital..



Figura 3. Aspecto general del santuario propiamente dicho. A la izquierda de la fotografía, el banco sobre el que descansan grandes bloques de piedra, que conforman una rudimentaria cubierta; a la derecha, la denominada «Mesa de los Curas».

Traspasada, pues, esa especie de umbral sagrado, o de indicador de lo sagrado, que es Peña Redonda, accédese por un sendero, que, en realidad, es una auténtica *vía sacra*, a un grupo de peñas que se alzan sobre un pequeño promontorio. Sobre una de tales peñas y orientado hacia el sureste, se observa, a unos cincuenta centímetros del suelo, un banco corrido, de un metro de longitud, que dobla, en ángulo, al poniente, y que representa, en el extremo de la entrada, varias entalladuras a modo de escuetos escalones. El banco en cuestión se halla cubierto por una serie de bloques, inclinados y trabados unos sobre otros, a manera de tosca y falsa cúpula que sombrea, al atardecer, el banco citado. Un enorme afloramiento rocoso cierra, por el suroeste, el covacho en cuestión. Este formaría el *sancta sanctorum* del citado santuario (fig. 3). Cerca de aquél, hacia oriente, una mesa redonda, constituida por una piedra cilíndrica, exenta, desbastada también en su parte superior, como un tajo de carnice-

ro, de setenta centímetros de alto por ciento seis centímetros de diámetro, aparece como algo insólito, en medio de aquel terreno agreste, de peñascales informes.

Desde el propio santuario, divísase, allá abajo, una corriente importante de agua (el río Agueda, en este caso) como sucede en los más importantes santuarios rupestres prehistóricos localizados y estudiados por nosotros en las Arribes del Duero y algunos de sus afluentes ².

Con ser más modesto, en proporciones, que otros santuarios rupestres de la propia zona, éste de la Fregeneda presenta una configuración singular, tanto por el banquillo escalonado en uno de sus lados, como por la mesa de piedra circular que a la vera aparece, y cuyo nombre, «Mesa de los Curas»,

² BENITO DEL REY, L. y GRANDE DEL BRÍO, R.: *Santuarios rupestres prehistóricos en las provincias de Zamora y Salamanca*. Edición patrocinada por IBERDROLA. Zamora y Salamanca, 1992.

nos está indicando el recuerdo de ciertas prácticas rituales, dentro del complejo cultural a que nos venimos refiriendo. Que la citada piedra fuera un altar de sacrificios, probablemente cruentos, no ofrece la menor duda para los autores de este estudio, después de conocer diversos santuarios rupes- tres de esta índole. Por otra parte, a este mismo lugar, en donde se halla localizado el santuario, acuden tradicionalmente, en romería, paisanos de La Fregeneda a comer el hornazo, siguiendo una cos- tumbre ancestral, que, sin la menor duda, tiene sus raíces en los ágapes sagrados que se celebrarían en el mencionado santuario en época precristiana, refren-

dando, así, la significación sagrada de dicho encla- ve, al que consideramos, como ya hemos apuntado, centro cultural.

Bien es cierto que, en la actualidad, la condi- ción prístina, reverencial, de las peregrinaciones locales, se ha venido perdiendo, en cuanto a su sim- bología primitiva, naturista; la cristianización del recorrido venerable hacia la roca-*madre*, represen- tante de la inmutabilidad, velaría el sentido primi- genio del culto, pero aún permanece, en la memo- ria colectiva, la idea de que el espacio sagrado es vocativo y que hacia él deben orientarse todos los pensamientos de los hombres.